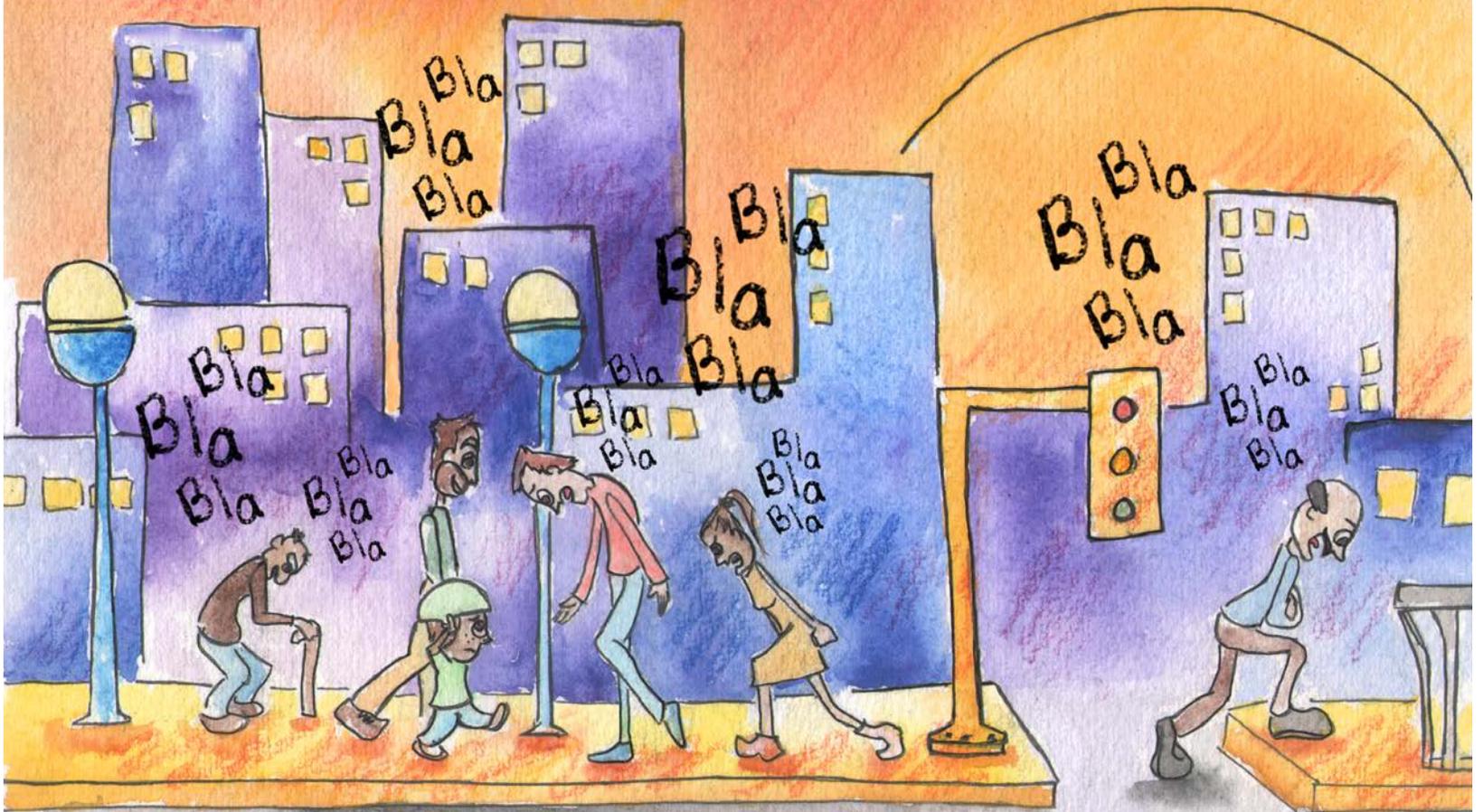
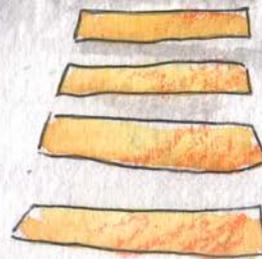


PANDEMÓNIUM

Si no entiendes... pide a un niño(a) que te explique (o algo así)



Por Paola Arisbeth Subias Cabrera





Instituto Electoral del
Estado de Querétaro

Instituto Electoral del Estado de Querétaro

Primera edición 500 ejemplares, septiembre de 2016

D. R. ©Instituto Electoral del Estado de Querétaro
Av. Las Torres No. 102, Residencial Galindas C. P. 76177,
Santiago de Querétaro, Querétaro.

Tel. (442) 101 98 00

Impreso en Santiago de Querétaro

Texto:

Paola Arisbeth Subias Cabrera, ganadora del primer lugar de la categoría A del 2° concurso de cuento infantil “Educar en Valores”

Ilustración y diseño:

Paula Cristina Valencia Bladinieres y Javier Rodríguez Rangel

Distribución gratuita
PROHIBIDA SU VENTA

ISBN:

Presentación

El cuento “Pandemónium” expone, más allá de su riqueza literaria, la historia de Kiriát, un niño que se ve envuelto en el caos, la confusión y el ruido del mundo de los adultos. De la misma forma que el joven del cuento “El Principito”, Kiriát no quiere crecer, pues se da cuenta de que uno de los más grandes defectos de los adultos es que se dedican a hablar mucho y a actuar poco, a quejarse antes que intentar solucionar.

Pandemónium nos enseña a dar su importancia a cada una de nuestras palabras y a valorar ese don mágico que nos hace diferentes a todos los demás seres vivos: el habla. Las palabras permiten la comunicación y la comunicación es la base de algunos de los valores democráticos más importantes como la tolerancia, el respeto, el pluralismo, la participación y la libertad.

Un ciudadano que no sabe escuchar, no reflexiona. Un ciudadano que no reflexiona, tiene menos posibilidades de aportar a su comunidad. Es en la reflexión donde los ciudadanos aprendemos a preocuparnos y activarnos por nuestro entorno. Las palabras se quedan cortas ante la elocuencia de las obras. Las quejas desaparecen para dar paso a las acciones. “Lo esencial es invisible a los ojos”, repetía el Principito, lo esencial, muchas veces, está en el sosiego, en la calma, en el silencio.

Pandemónium, un cuento infantil escrito para los adultos. Una llamada para que los niños hablen y los adultos escuchen.

M. en A. Gerardo Romero Altamirano
Consejero Presidente

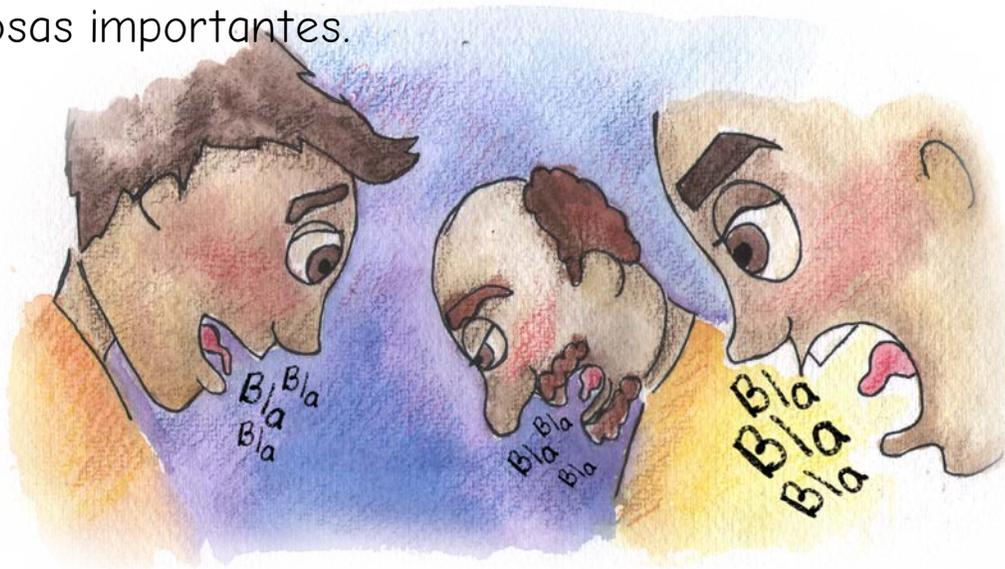


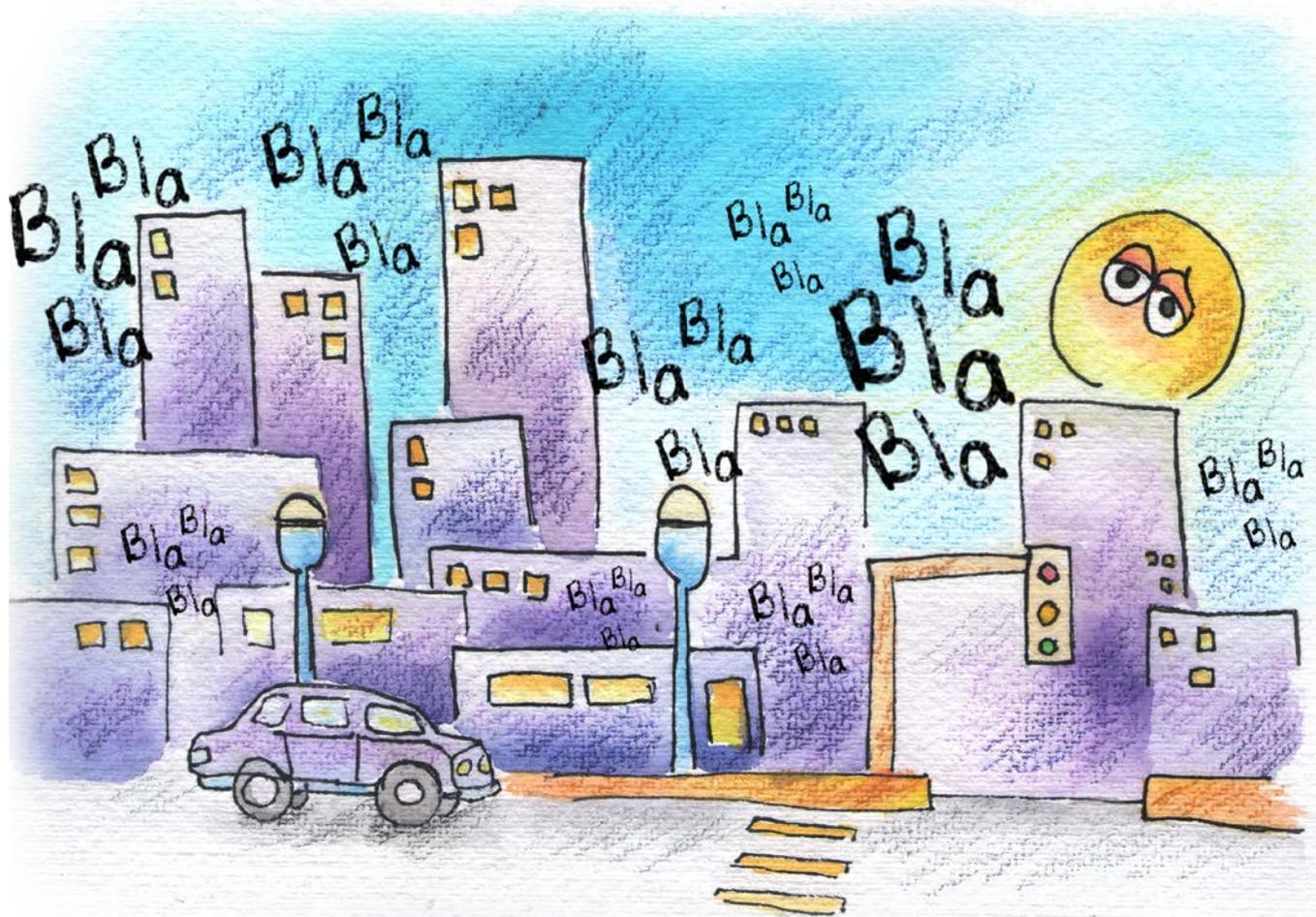
Salía el Sol desde el oeste para traer consigo un nuevo día; papá y mamá siempre intentaban enseñarle algo nuevo sobre el mundo a Kiriat, pero hoy, él quería enseñarles algo nuevo sobre el mundo. Papá era tan alto que alcanzaba las estrellas si se paraba en la punta de sus pies, y mamá sabía tantas cosas, que podía responder casi cualquier pregunta que se le ocurriera a su hijo. Excepto una:

—¿Recuerdas cómo se ve un adulto antes de convertirte en uno?—



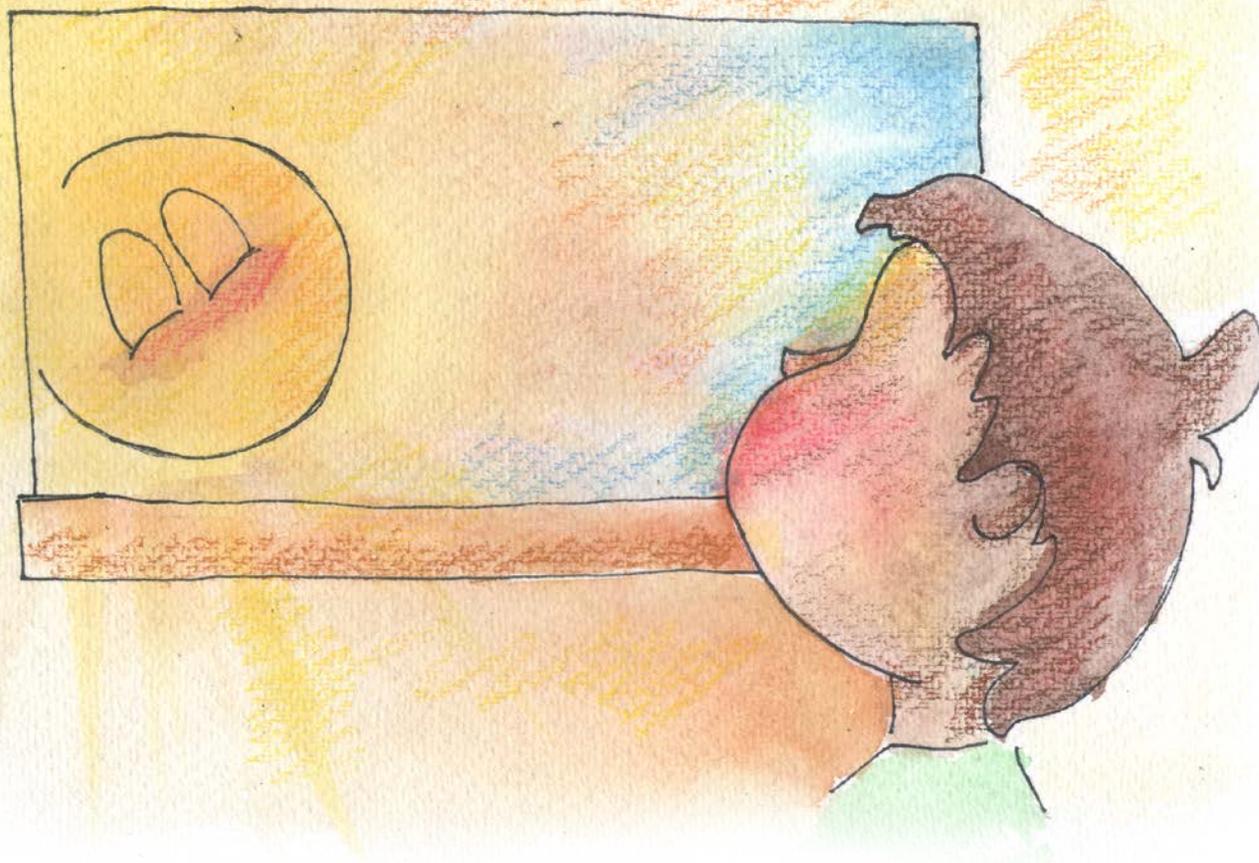
Para Kiriát, el resto de los adultos (excepto mamá y papá), lucían más o menos iguales; siempre con las bocas llenas de palabras y muy pocas cosas que decir. No todos contaban historias que valiera la pena escuchar, y casi ninguno pasaba más de una hora sin quejarse de algo: el tráfico, lo tarde que iban, las tareas pendientes, el clima de hoy (que si hay mucho viento, que si hace mucho sol, que si llueve, que si no), para Kiriát, los adultos se quejaban siempre de todo, de las cosas que hacían, pero sobretodo de las cosas que no; y jamás se lo habían dicho a él, él solo había puesto atención en las muchas oraciones que salían de los labios de un adulto al interactuar con otro, y descubrió que en ninguna de ellas había espacio para cosas importantes.





El sol salía todos los días sin decir una sola palabra, porque quizá sabía que lo que menos le faltaba al mundo gobernado por adultos grises y tristes eran más palabras; porque con tantas, no se dejaban escuchar unas a otras; se amontonaban en las bocas dispuestas a salir y cuando lo hacían olvidaban por qué lo ansiaban tanto.

El sol se ponía ahí a darle luz a todo el que quisiera recibirla, a Kiriát no le agradaba mucho, pero lo respetaba porque mamá le había contado que su luz y su calor hacían posible la vida en el planeta Tierra, y él lo veía siempre ahí, feliz de formar parte del cielo sin importar que en algunas horas se diera un nuevo ocaso que daría por terminada la labor del sol hasta el día siguiente. Quien sabe por cuantos millones de años más.



Habiéndole enseñado a papá y mamá algo sobre el sol callado y la sobrepoblación de palabras en el mundo, Kiriát estaba preocupado por el momento en el que él olvidaría cómo se ve un adulto, porque se habría convertido en uno.



Le solían preguntar con mucha frecuencia qué quería ser cuando fuera grande y él imaginaba crecer tan alto como papá y tocar las estrellas parado en las puntas de sus pies, pero un día se imaginó quejándose del sol que hacía, de los muchos autos que había y del dolor que debían provocar tantas palabras peleándose en su boca queriendo salir sin importar que nadie las escuchara; Kiriát ya no quería crecer.



Vació por completo el baúl azul que contenía todos sus juguetes y se metió dentro de el, pensaba que si vivía en un lugar pequeño que le impidiera a su cuerpo seguir haciéndose más y más grande, Kiriát habría conseguido burlar a los adultos y no tendría que convertirse en uno jamás.

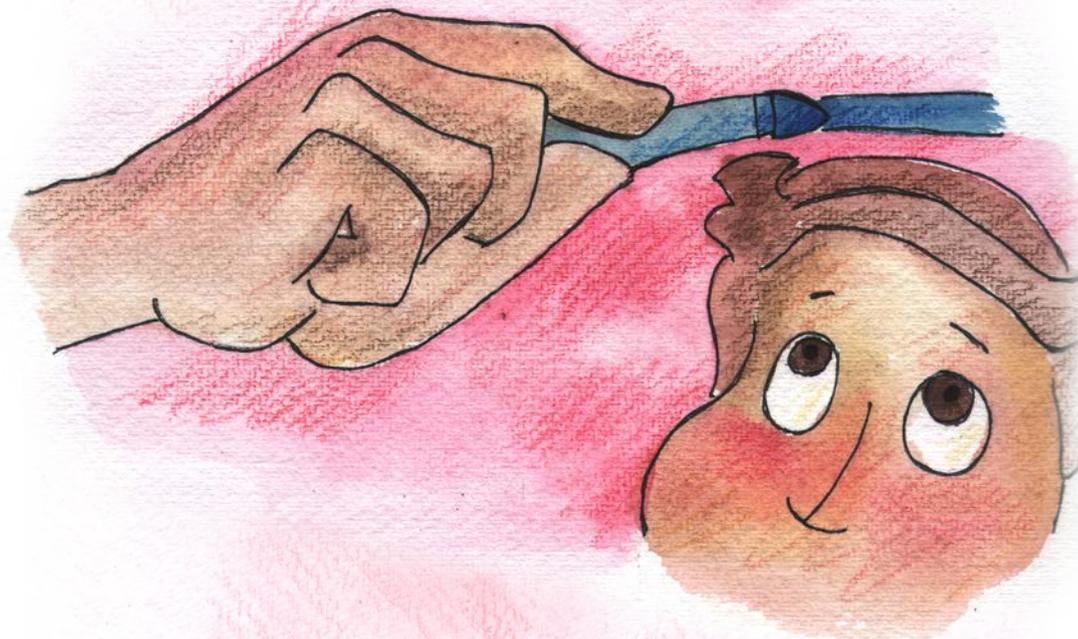


Pasó un día entero dentro del baúl, cuando dieron las 8:30, mamá lo hizo salir de ahí para ir a merendar y luego lo hizo dormir en su cómoda y cálida cama de auto de carreras, pero cuando ella hubo cerrado la puerta y apagado las luces, Kiriát saltó de la cama directo al baúl y durmió adentro; despertó con un terrible dolor de piernas y bajó a desayunar antes de que mamá fuera a despertarlo para ir a la escuela. Kiriát le pidió a papá que lo midiera en la pared donde ponían una línea cada mañana más alta, pero, esa mañana Kiriát esperaba que la línea no subiera ni un centímetro más.

Nervioso se puso de espaldas contra la pared.

—Ponte derecho, Kiri —dijo papá tomando un lápiz y poniéndolo sobre su cabeza—. Kiri escuchó con claridad el sonido de la punta contra la pared.

—Casi dos centímetros, amor ¡creces tan rápido! —Dijo mamá poniéndose las manos sobre la cabeza.



Kiri volteó sorprendido, había crecido de igual modo que las demás mañanas. Su plan no había resultado bien y tendría que pensar en otra cosa, se sentó frente al desayuno muy triste y de pronto recordó lo que mamá le decía cada que no quería comerse sus verduras.



Ella decía que si quería crecer fuerte y sano debía comerse el brócoli y las zanahorias, los champiñones, las calabazas... Kiriát creyó haber encontrado la solución a sus problemas; esa mañana comió mucho menos de lo acostumbrado. Mamá pensó que su hijo estaba enfermo y estuvo preocupada gran parte de la mañana, mientras tanto en la escuela el estómago de Kiriát parecía estar diciéndole algo; él no podía entenderlo pero se escuchaba enojado.

Cuando llegó la hora del almuerzo, Kiriát le obsequió su sándwich y su manzana a su mejor amigo, al estómago no le pareció buena idea y estuvo molestando a Kiriát el resto del tiempo de clases.





Ya en casa, mamá le sirvió a Kiriát un plato grande de verduras y un buen trozo de carne; Kiriát sólo comió la carne y mientras mamá no veía le dio las verduras a Freddy, su perro. Más tarde, papá dejó a Kiriát comer algunos dulces, porque se suponía que había acabado rápidamente con su plato de verduras.

A la mañana siguiente, Kiriát despertó un centímetro más alto y con un fuerte dolor de panza.

—Así deben sentirse las palabras peleando.



Hay cosas inevitables en el mundo. Que el sol salga sin decir una palabra y que los niños algún día se conviertan en adultos, por ejemplo. Pero Kiriát sabía que las palabras salían para ser escuchadas, los libros tenían que leerse y los sueños tenían que contarse. Eso quería enseñarle al mundo.



Salió el sol desde el oeste para dar vida a un día más en un mundo gobernando por sordos, pero tendría que ser el último. Quien podía saber el momento exacto en el que un niño de pronto deja de oír a los demás, quizá fuera un día mucho antes de hacerse mayor, y Kiriát no tenía tiempo para dejar pasar. Hay muchas formas de cambiar al mundo, pero cuando te vuelves grande lo olvidas, porque de pronto crees que eres pequeño (por mucho que hayas crecido), y piensas que lo que el mundo necesita para cambiar es algo grande; siempre más grande que tú. Pero eso no es cierto.

Kiriat tomó un casco verde que usaba para jugar y salió a la calle. Tendría que estar preparado porque afuera había guerra. Venían de todos lados, golpeando a todo el que se descuidara, y los demás ni siquiera podían darse cuenta de las casas, de las bancas y banquetas, de los autos. Palabras y palabras en oraciones que formaban quejas. Kiriat podía verlas salir a toda velocidad de las bocas y estrellarse contra los ojos de los demás, sus manos, sus piernas, sus pechos. Pero ahí no es a donde las palabras tienen que llegar.

Sólo es ruido.



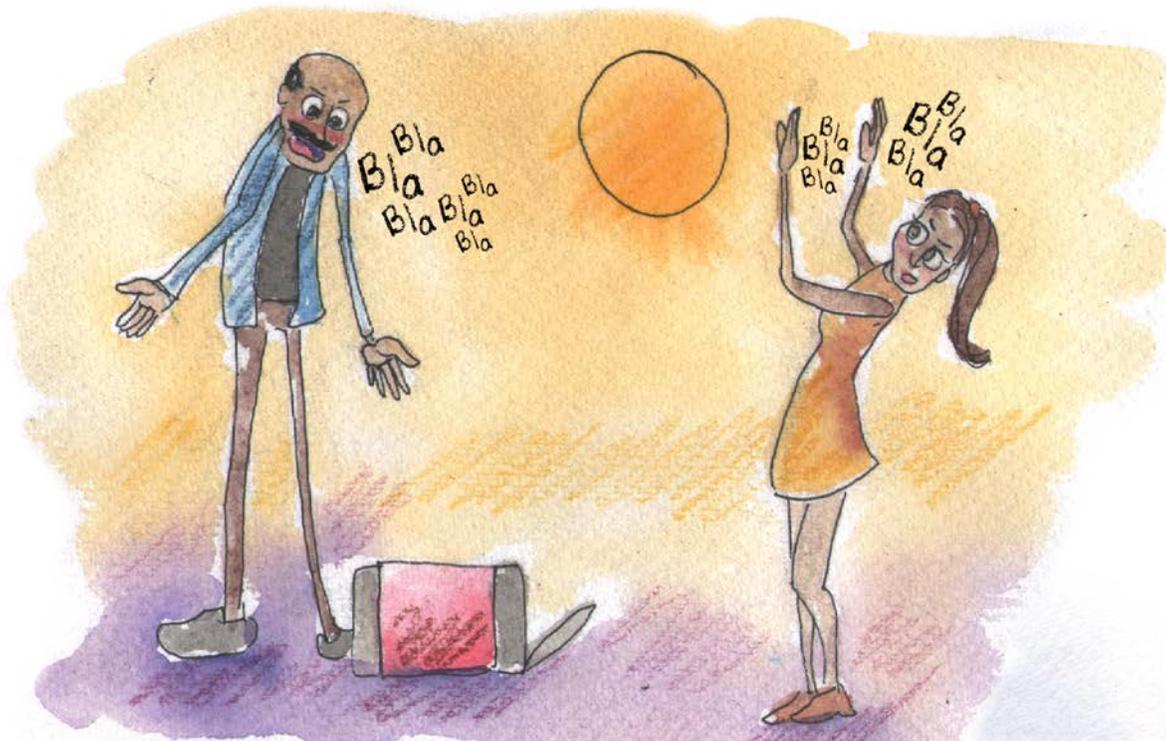
Cuando el sonido de las ideas golpea fuertemente sin introducirse a los oídos de nadie, sólo hace ruido. Kiriát no podía tomar las frases de los demás y dirigir las a su destino, porque él sabía que no puedes tocar las palabras, pero ellas pueden tocarte a ti.



Recordó las felicitaciones de papá cuando le quitó las llantas de entrenamiento a su bicicleta, y las sintió como palmadas en la espalda, recordó las canciones de mamá para hacerlo dormir, y las sintió como caricias ¿qué harían sentir a los demás las quejas si éstas fueran escuchadas con más atención?

¡Se sentirían como patadas!





Avanzó lentamente por el campo de guerra. Seguía siendo disparado el parloteo. Kiriát podía sentir los golpes duros sobre su casco y algunas de esas palabras sí alcanzaban a entrar a sus oídos.

—¡Mira cuánta basura hay en la calle! no parece que haya gente sino cerdos.

—Hay agujeros por todo el camino ¿cuándo se van a poner a hacer su trabajo?

—¡Esto no funciona, no funciona!



Se paró justo en medio de la plaza, luego de haber cruzado varias calles y haber recibido varios golpes de berrinches de mayores; alzó los brazos para intentar verse más alto, pues pensó que así lo tomarían en serio, y gritó con todas sus fuerzas:

—¡Escúchenme! —Nadie volteó a verlo. Gritó aún más fuerte.

—¡Escúchenme!

Un par de palabras golpearon su casco. De pronto se dio cuenta de que no tenía que parecer más alto, porque así eran los grandes, tendían a ignorarse entre ellos. Estaban acostumbrados a las demandas de los demás, acostumbrados a pasarlas por alto y a pensar en ellos mismos.



Todo el día, todos los días, los adultos sobrellevaban los malos modales de los demás siendo groseros ellos mismos, las quejas con más quejas, las órdenes con órdenes más grandes. Kiriát bajó los brazos, dejó de estar de puntitas, una vez más Kiriát no quería crecer.

—¡Escúchenme, por favor!

Voltearon a verlo sus papás y dos personas en la plaza.

—Tengo algo importante que decir.

Una mujer más, y otra, y dos hombres con barba, una señora de cabello blanco, un hombre de corbata roja, una joven con un par de libros.

—Lo que hace diferentes a los humanos de los demás animales y objetos es que podemos entendernos con palabras. Mi mamá y mi papá me han enseñado muchas y sé que hay millones más que no conozco.

Se detuvieron algunos corredores, otros bajaron de sus autos. Las frases dejaron de volar por los cielos y de estrellarse contra nada. El Pandemónium cesó por un breve instante, y Kiriath siguió hablando:

—¡No quiero vivir en un mundo donde las palabras, que tanto les han costado a mis papás enseñarme, me lastimen o lastimen a otros! ¡No quiero que aquello que sale de mi boca sea inútil nunca! Las palabras fueron hechas para que nos entiéramos, para contar nuestros sueños por la mañana, para escribirle cartas a los demás, para resolver problemas.



Los adultos lo miraban avergonzados y se acariciaban los moretones que las quejas de los otros les habían dejado.

—Las palabras fueron hechas para hablar entre nosotros.

Y a Kiriát se le habían terminado, como suele suceder. Como ya no tenía nada que decir, ya no necesitaba ser escuchado pero sabía que los demás sí, se quedó un minuto en medio de todos en completo silencio.

Nadie se atrevió a romper aquella calma durante ese instante. Kiriát avanzó corriendo a donde estaban mamá y papá y se abrazó a sus piernas.



No había hablado nadie todavía cuando el hombre que se quejaba de la basura en las calles caminó hasta una lata de refresco, la levantó, se dirigió a un contenedor y ahí la depositó; la señora que solía quejarse del sol que hacía, salió al día siguiente con una sombrilla; las personas en general, decidieron pensar un poco más lo que salía de sus bocas y en lugar de tanto hablar empezaron a actuar, y por fin, a hablar entre ellos de verdad.



Con el tiempo dejó de haber basura en las calles, porque la gente en lugar de quejarse de ella iba y la recogía, incluso dejaban de tirarla; aún había en el mundo cosas inevitables, como que el sol siguiera saliendo todas las mañanas, o que Kiriát creciera más rápido de lo que su mamá podía creer; pero poco a poco, el miedo a ser mayor iba haciéndose más pequeño (o quizá era sólo que Kiriát se hacía más grande).



Se dio un nuevo ocaso, siempre era uno distinto. Papá levantó en hombros a Kiriát para que pudiera despedirse del sol y ver llegar el manto oscuro de la noche. Todos los días mamá, papá y Kiriát se enseñaban cosas nuevas sobre planeta, y de paso, le enseñaban algo al mundo, pero esa noche Kiriát tenía una duda más para papá:

—¿Recuerdas cómo se ven las estrellas antes de estar tan cerca de ellas?







DIRECTORIO INSTITUTO ELECTORAL DEL ESTADO DE QUERÉTARO

Gerardo Romero Altamirano

Consejero Presidente del Consejo General y Presidente de la
Comisión de Vinculación

Luis Octavio Vado Grajales

Consejero Electoral, Presidente de las
Comisiones Editorial y Jurídica

Yolanda Elías Calles Cantú

Consejera Electoral, Presidenta de la Comisión de Igualdad
Sustantiva

Gema Nayeli Morales Martínez

Consejera Electoral, Presidenta de la Comisión de Organización
Electoral y de la Comisión de Seguimiento al SPEN

Gabriela Benites Doncel

Consejera Electoral, Presidenta de la Comisión de Fiscalización

Jazmín Escoto Cabrera

Consejera Electoral, Presidenta de la Comisión de
Educación Cívica

Jesús Uribe Cabrera

Consejero Electoral, Presidente de la Comisión de
Transparencia y Acceso a la Información Pública

Carlos Rubén Eguiarte Mereles

Secretario Ejecutivo

Miguel Ángel Torres Olguín

Representante del Partido Acción Nacional

Sócrates Alejandro Valdéz Rosales

Representante del Partido Revolucionario Institucional

José de Jesús Acosta Talamantes

Representante del Partido de la Revolución Democrática

José Luis Aguilera Ortiz

Representante del Partido Movimiento Ciudadano

Abel Espinoza Suárez

Representante del Partido Nueva Alianza

Perla Patricia Flores Suárez

Representante del Partido Verde Ecologista de México

José Antonio Zumaya de la Mora

Representante del Partido Encuentro Social

Carlos Peñafiel Soto

Representante del Partido Morena

Ricardo Domínguez Álvarez

Representante del Partido del Trabajo

María Pérez Cepeda

Directora Ejecutiva de Educación Cívica

José Eugenio Plascencia Zarazúa

Director Ejecutivo de Organización Electoral

Juan Rivera Hernández

Titular de la Unidad Técnica de lo Contencioso Electoral

Oscar Hinojosa Martínez

Titular de la Unidad de Acceso a la Información Pública

Héctor Maqueo González

Coordinador de Comunicación Social

Raúl Islas Matadamas

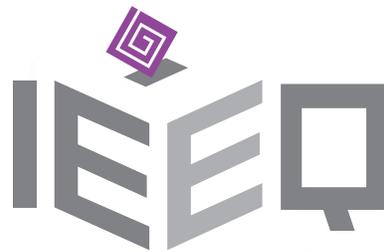
Coordinador de Informática

Gloria Luz Duarte Valerio

Coordinadora Jurídica

Arturo Rosendo de Santiago Valencia

Coordinador Administrativo



Instituto Electoral del
Estado de Querétaro

www.ieeq.mx



Instituto Electoral del Estado de Querétaro



@IEEQcomunica



IEEQ